

poeta granadino con citas de primerísima mano, las de un lector «aficionado», que retiene en la memoria los versos y los acaricia al repetirlos y al copiarlos. Los transcribe en previsión de futuros trabajos académicos, pero también por el mero gusto de volver a plasmar palabras tan bellas, que alimentan su propia creación, probablemente la más variada y moderna y posmoderna de su tiempo.

La silva que descubrió admirado Gerardo Diego es «una obra en marcha», con notas y escolios, a modo de indicaciones y recordatorios de las enmiendas y ampliaciones que se recomendaba a sí mismo el poeta. Puede señalársele una fecha *a quo*, la de 1618, la de la creación de la *Fábula de Píramo y Tisbe* gongorina, de la que hay ecos manifiestos.

El interés de Diego por estos versos que se le presentaban como anónimos puede enlazarse con su sostenida atención crítica por Soto de Rojas. Muchas veces esta labor no pretendía salir de los dominios de la intimidad (una nota manuscrita, un comentario al margen, un artículo que no se llegó a publicar); pero en otros momentos aspiró a tener una dimensión pública: por la *Antología poética en honor de Góngora*, sabemos que estaba preparando una edición del *Adonis*, de la que se encuentran testimonios fehacientes en el archivo del poeta de *Alondra de verdad*. Gerardo Diego transcribió a mano y mecanografió el texto, tomó notas y versos del *Desengaño de amor*, del *Paraíso cerrado* y de *Los rayos de Faetón*. «No es, por tanto, casualidad que supiera ver la belleza de la *Fábula de Alfeo y Aretusa* y la copiara, sino que su sensibilidad lírica le hizo descubrir esta joya, cuyo autor es precisamente el poeta que tanto admiraba» (p. 77).

Tras la amplia introducción crítica, se nos ofrece la rigurosa edición de los 946 versos de la fábula, con lagunas provocadas por la rotura de alguno de los folios (1, 4 y 5) y con las anotaciones y apostillas marginales que nos dan cuenta de las reflexiones del autor sobre su poesía en proceso de avanzadísima gestación.

A continuación, se publica el artículo inédito de Gerardo Diego «Un poema manuscrito del siglo XVII en la Biblioteca de Menéndez y Pelayo», que es, a un tiempo, una descripción del códice, unos leves apuntes sobre la posible autoría y, ante todo y sobre todo, una amplia disertación en torno al cultismo gongorino, cuya defensa y explicación no era inútil ni redundante en 1919. Pone particular énfasis el estudioso en enlazar el arte de don Luis con la sensibilidad resucitada a impulsos de la revolución simbolista (Mallarmé, Jules Renard, Rubén, Valle-Inclán, los Machado...) y proyectada hacia la estética de las vanguardias.

El volumen se completa con los facsímiles del manuscrito de Soto de Rojas y del autógrafo de Gerardo Diego que lo transcribe y comenta.

El conjunto es un precioso regalo que pone en manos del lector las reliquias de un poema perdido, y las notas y escolios de un gran poeta moderno que sabe unir erudición y técnica filológica con la intuición precisa para descubrir en unos cuadernos deteriorados una obra de arte del pasado que habla a la sensibilidad de su presente.

FELIPE B. PEDRAZA JIMÉNEZ
UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA

Rosa Navarro Durán. *Pícaros, ninfas y rufianes. La vida airada en el Siglo de Oro*. Madrid. Editorial Edaf. 2012. 304 páginas.

Rosa Navarro lleva muchos años en la exploración de los territorios literarios que habitan pícaros, ninfas y rufianes, esos personajes de un inframundo social construi-

do en buena medida por algunas de las obras maestras de las letras española, como *La Celestina*, *La vida de Lazarillo de Tormes* o *Guzmán de Alfarache*. Es el suyo uno de esos libros de contenidos transversales que solo pueden abordarse con garantía cuando se tienen muchas y bien asimiladas lecturas. La responsable del presente ha dedicado a distintas obras representativas de la mala vida áurea una larga lista de estudios, cuyas características en algunos de los casos –las demostraciones de autoría del *Lazarillo* en favor de Alfonso de Valdés o de su segunda parte en beneficio de Hurtado de Mendoza– le han obligado a mirarlas con microscopio. Tal esfuerzo ha propiciado una comprensión global del fenómeno, imprescindible para llevar “a buen puerto” una empresa como esta, basada de manera muy especial en descubrir el diálogo que mantienen entre sí las piezas implicadas.

Son varias las ideas principales que discurren por el conjunto de reflexiones y textos con que se ha elaborado este trabajo. Quizá haya que citar en primer lugar la evidencia de que estos seres analizados y su mundo pertenecen a la literatura y no deben identificarse con la vida; la autora sortea la tentación de magnificar su relevancia como documento histórico que pueda ser aprovechado directamente. La segunda idea deriva de la primera y la refuerza: sus referentes principales no están tanto en la realidad como en la propia literatura, que permanentemente se retroalimenta. Como tercera estaría la declaración de la sustancia cómica de estas criaturas de papel: la diversión y el humor guían el tratamiento de sus dichos y hechos. Hoy estos pueden desagradar o sobrecoger, pero al igual que no hay que confundir vida y literatura, tampoco debe hacerse con la sensibilidad actual y la pasada.

El libro tiene una estructura bien trabada que toma en consideración factores de muy diversa clase: fuentes, elementos constitutivos, actitudes y actividades, espacios, formas de hablar y escribir. Los capítulos en que se organiza, al igual que los apartados dentro de ellos, despliegan un mapa detallado que acoge y pone orden en el ancho mundo de los bajos fondos literarios.

Los tres primeros se centran en las obras que resultaron decisivas para la génesis de este universo, en el que es tan importante la intertextualidad, como ya se ha dicho; son, además, las más relevantes desde el punto de vista artístico. Se dedica el capítulo inicial a la tragicomedia de Fernando de Rojas (“*Celestina* y su mundo”), responsable principal de la entrada a las grandes letras de los dos siglos que siguen de prostitutas, alcahuetas, brujas. Sus usos, clientes o castigos merecen aquí atención detallada.

El siguiente se centra en el *Lazarillo*, cuyo protagonista se constituye en modelo de los “mozos de muchos amos”, que dan título al capítulo. Rosa Navarro sintetiza en los distintos apartados los resultados de las investigaciones que ha desarrollado en la última década sobre algunos de los problemas fundamentales de la genial creación. Su responsable sería Alfonso de Valdés y su intención arremeter contra los clérigos. Asimismo, la obra habría sufrido una pérdida de texto al comienzo, que dificultaría conocer a quién se dirige y para qué. Su conclusión es que detrás del enigmático “vuestra merced” estaría una dama, a quien Lázaro daría cuenta del “caso” por el que le habría preguntado: la veracidad de las noticias de que el Arcipreste de San Salvador, su confesor, esté amancebado con la mujer del pregonero de Toledo, con el riesgo que esto supondría de que sus pecados le llegaran a alguien de un oficio proverbial para darles público conocimiento.

El objetivo del tercer capítulo es “el pícaro Guzmán de Alfarache”, protagonista de la novela aparecida en 1599 con la que, según la estudiosa, arranca el género de las picarescas. Fiel a sus indagaciones previas, de las que ha dado cumplida noticia, apunta que no puede considerarse como tal el *Lazarillo*, aunque de ella haya aprovechado Mateo Alemán, y a partir de él los demás escritores, algunos de los componentes fun-

damentales, como el enfoque autobiográfico, la baja extracción social del personaje principal, la itinerancia, el servicio a muchos amos o su final abierto (aunque, como ya se señaló, esto sea producto de una mala interpretación de la novela a causa de su transmisión con una parte del texto original amputada). De *Guzmán de Alfarache* salen los demás pícaros, cuyas andanzas se refieren en los especímenes de novelas picarescas, de fronteras no siempre claras, pero que tienen como factor común la permanente remisión de unas a otras. Lo dicho: más que la vida es la literatura, sobre todo la afín, la que alimenta estos relatos. Y las conexiones se hacen explícitas, forma parte del juego el que los lectores las identifiquen. Es muy interesante el apartado consagrado a declarar la consistencia de esta intertextualidad y a mostrar testimonios evidentes de la red de correspondencias.

Los tres capítulos sucesivos analizan los rasgos que definen la personalidad, el comportamiento, incluso la forma de hablar, la jerga, de los personajes que conforman el mosaico de la vida airada: “Camino de ser pícaros” es el título del cuarto; “De la mano de dos pícaros: Rinconete y Cortadillo” el del quinto; “Pícaros y rufianes” el del sexto, en el que también merecen atención especial las “ninfas”.

Otros tipos y aspectos serán tratados en los capítulos siguientes: “El juego”, “Robos y estafas”, “Falsos mendigos”, “El marido pacífico” (consentido), “A punto de ser castrado”, “El verdugo y los ajusticiados”, “Las pícaras”, “Señoritos y prostitutas”, “La mancebía”. “Lo inmundo materia cómica” se titula el decimosexto, que se detiene en la explotación de las distintas formas de lo escatológico, hasta las más repugnantes, en estas obras y en otras (por ejemplo, en el *Quijote*), lo que choca de manera especial con nuestra sensibilidad, tan encallecida para otras cosas, sin embargo. Lo cual pone de manifiesto más que cualquier otra materia de las que trata el libro la capacidad de lo torpe y lo feo para provocar la risa, como notaba López Pinciano, oportunamente invocado por la autora.

Se habla en los dos capítulos que van a continuación de espacios especiales: de ventas y cárceles en el decimoséptimo, titulado “Descansos en el camino”; de la universidad en el decimooctavo, “Estudiantes y pícaros”. La relativa frecuencia con que este último ámbito se abre a los protagonistas estaría en relación más o menos clara con el afán por ser escritores y afrontar sus autobiografías. También delata la esencia literaria de este universo rufianesco la materia tratada en el capítulo decimonoveno y último, por título “Rufianes e izas se cartean”: aunque no se justifique cómo su falta de formación les permite escribir, proliferan los relatos en que estas gentes dan cuenta de sus propias andanzas tanto en prosa como en verso; y con estos últimos entroncan las jácaras, de tanto éxito fuera y luego dentro del teatro.

Es un libro de provecho para lectores de perfiles diversos. Ocupan los primeros lugares aquellos que se interesan por la literatura, porque a ella corresponde inequívocamente el mundo estudiado. Pero también podrán beneficiarse los que se preocupan por la historia o la sociología. Como se apuntó al principio, la estudiosa distingue bien lo que es la realidad y la ficción, pero sabe también que no se contradicen. No es infrecuente que cierre capítulos y apartados con guiños a aquella, evocada a través de escritos que recogen sucesos, entre los que ocupan un lugar destacado los *Avisos* de Jerónimo de Barrionuevo, ese noticiero de sucesos ocurridos en el Madrid de mediados del siglo XVII, u otros de carácter híbrido, como los *Comentarios* de Diego Duque de Estrada o la *Vida* de Alonso de Contreras, para mostrar sus asombrosas coincidencias con los episodios de ficción, sin que falten casos que muestran que también en este campo la realidad puede superar al arte.

Es indudable que este tipo de literatura deja que entren reflejos de la cotidianidad, eso sí tratados artísticamente, con las herramientas principales de la ironía o el sarcasmo y con grados de acierto que dependen de la capacidad de los diferentes escritores, que, por lo general, buscaron proporcionar materia de divertimento y risa: porque –recuérdese– el sustrato de esta floración literaria es la comedia. Pero también es cierto que la vida subyacente en estas ficciones se constituía en un factor importante de la gracia que les hacían a sus primeros lectores. No buscan ofrecer un documento social, y solo a veces –como en *Lazarillo*– pretenden criticar o denunciar. No obstante, hoy el historiador pueda servirse de ellas para acercarse a ese mundo perdido, cuya realidad no fue tan simple, obviamente, como para recuperarla valiéndose solo de los documentos de archivos. Aunque pertenezcan a órdenes distintos dentro de ella, no son menos reales que los hechos que en estos se consignan, los pensamientos y sentimientos, las filias y fobias, de aquellas gentes, a los que los textos literarios pueden alcanzar un acceso mejor, siempre que se sea riguroso en la interpretación, porque es evidente que no se trata de reflejos directos.

Es también un libro adecuado para los que solo desean ampliar su cultura y disfrutar leyendo. A esto último contribuye de forma eficaz el que esté bien escrito. Una parte del mismo tiene hartó probada su categoría artística: los muchos fragmentos de obras sobresalientes del Siglo de Oro y de todos los tiempos que se dan cita, desde *Celestina*, *Lazarillo* y *Guzmán de Alfarache* a *Rinconete y Cortadillo* o *El Buscón*; y muchas más, porque es larga la relación de las que brindan sus pasajes para componer este friso de la “mala vida”. Uno de los puntos fuertes estriba en la maestría con que de continuo se nos lleva y se nos trae de las descripciones e interpretaciones de Rosa Navarro a las propias voces de la época. Es claro que no se trata de un mero centón de citas sino de un tapiz bien diseñado y tejido, en el que la autora ha seleccionado los fragmentos que ha creído más adecuados para su discurso argumentativo y las ha enhebrado además con fórmulas de inserción, a menudo sazonadas con ironía, que dan unidad y ritmo a sus páginas.

Pero como no todos, o a todas horas, pueden permitirse el placer de leerlo de principio a fin, un trabajo con la abundancia de nombres, títulos y conceptos como la que almacena este, hubiera mejorado con un índice final que diera cuenta de todo ello y facilitara así el acceso a los aspectos concretos que corresponden a los variados campos de interés de los posibles lectores.

Contenido pero también continente justifican el premio Algaba del 2012 obtenido por este libro de edición tan esmerada. No se han escatimado calidades a la hora de vestirlo, tanto por lo que se refiere al tamaño de los tipos e interlineado como al papel cuché en que se plasman, signo claro de las ediciones cuidadas, por más que su brillo pueda incomodar la lectura en determinadas condiciones y que su peso no resulte liviano. Su elección en este caso, además, permite dar la mejor acogida a las muchas imágenes en color que flanquean el texto, no como mero adorno sino para iluminarlo y complementarlo. La selección ha sido generosa –es difícil abrir sus páginas y no encontrar alguna– y, por lo general, es muy atinada su inserción en los lugares correspondientes, subrayada por las leyendas de sus pies. Bastantes de estas imágenes sirven además para apreciar cómo no solo dialoga la literatura consigo misma, que es idea nuclear del libro, sino también con otras artes, y todas ellas, a su vez, con la vida.

GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID